DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO
20 de diciembre de 1998.

Mateo 1, 18-24

1.- ***Una actitud activa, la de la fe***. José, no obstante su calidad de justo u obediente a la ley, no sabe interpretar el acontecimiento verdadero e imagina cómo debe comportarse conforme a las normas que rigen, de ordinario, su conducta. El texto es claro: "*José, su esposo, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, resolvió abandonarla en secreto*". [1]Dios, mediante su Ángel, interviene y aclara la excepcional situación de María. José descubre la nueva dimensión, abierta en el Misterio encarnado, que le permite entender quién es María, su esposa virginal, en el designio salvífico de Dios. Los hombres debemos aprender a descifrar la voluntad de Dios en los *signos de los tiempos*. Para ello es preciso estar atentos a los acontecimientos, aunque sean dolorosos e incomprensibles. La presencia de Dios en nuestra vida desafía la capacidad humana más prestigiosa, se oculta y revela, requiere actitudes honestas o las provoca sin cesar. La vida es un drama cuando su protagonista experimenta tendencias en conflicto que no logra identificar y separar para una acertada opción. Jesús viene a aclarar el panorama, a constituir la obediencia a su Padre en vencedora de la

[1] Mateo 1, 19

antigua y desbastadora desobediencia. La historia humana es un verdadero campo de batalla, así lo entiende San Pablo cuando considera la vida cristiana como un combate necesario. José adopta una actitud activa, la de la fe. Hasta entonces fue un respetuoso observante de la ley. Aprende que la ley mosaica comienza a resquebrajarse ante el pequeño Hijo de su santa esposa, que "*proviene del Espíritu Santo"* y *" a quien pondrá el nombre de Jesús*". [2]

2.- ***José, imagen del Padre***. La ley de Moisés conserva y acrecienta su valor cuando, Quien es su verdadera plenitud, pone en marcha al nuevo pueblo de Dios. José se arriesga al obedecer al Ángel que lo invita a superar los límites de la antigua ley: "*José, hijo de David,* **no temas** *recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo*". [3]Su comportamiento valiente atrae bendiciones de santidad sobre su humilde persona. Es ésta, a partir de aquel instante, su constante actitud de silencio, de pobreza de corazón, de fidelidad a las decisiones divinas, de contemplación del Hijo de Dios y de María, que lo llama "padre". Presta su cara al Padre para que el Hijo Divino pueda identificarlo desde su carne virginal y con su voz de niño, adolescente y joven. La veneración profesada a este humilde carpintero se inspira en su exacta ubicación en relación con el Misterio inefable de la Encarnación. Junto a María Jesús profesa un amor

[2] Mateo 1, 20-21
[3] Mateo 1, 20

entrañable a José. Esa obvia predilección del Hombre Dios coloca a José en un lugar eminente dentro del misterio de la Iglesia. La devoción de Santos, como Teresa de Avila, emerge de una conformación de sus sentimientos con los del Señor, modelo de la santidad de todos los Santos. A medida que transcurren los años y, la Iglesia, como Cuerpo Místico de Cristo, ahonda en el conocimiento de Jesucristo, adquiere una fisonomía espiritual que la asemeja a su Señor.

3.- ***Los pequeños, depositarios de la Verdad***. José nos enseña a ser portadores silenciosos de la salvación para el mundo. La intimidad de su corazón, fraguado en la obediencia a Dios, produce una luz que ilumina a quienes se conforman a su "bajo perfil". Los pequeños son comprendidos por los pequeños. En ellos Dios deposita su Verdad que causa la autentica sabiduría. El mundo parece no entender esta peculiar "pedagogía de Dios". Ni siquiera ofrece, en sus continuas crisis, un acercamiento esperanzador a la verdad que intenta formular. El discurso solitario ensordece con su carga de autocomplacencia, que no logra aportar nada al diálogo y, sobre todo, a la humilde contemplación. El *pequeño* se asombra ante los destellos de la Verdad que lo deslumbran. Hay más asombro y captación que erudita elaboración. Hace poco más de un mes, el Santo Padre ha canonizado a Edith Stein, la conversa de un ateísmo que había ocasionado el abandono de su fe judía. La autobiografía de Teresa de Avila la acercó a la confesión católica e inició un sendero de contemplación que superó su

ya prodigiosa actividad intelectual como filósofa. Son interesantes sus conclusiones, saturadas de una sabiduría sobrehumana, pero obtenidas en largas horas de contemplación. Quiero transcribir alguna de ellas que, sin duda, ilustrará la figura emblemática de José: "*Es más fácil dejarse clavar en la cruz con el Salvador, que hacerse con Él como un niño*".[4] José es como un niño. Su mérito lo eleva al nivel de los auténticos grandes.

4.- ***Sabiduría de los pobres***. La reflexión más sólida y luminosa no alcanza para entender la validez de esta evangélica actitud. José no es un maestro de la Ley, ni un filósofo, por ello no padece la tribulación del intelectual. Acepta lo que se le ofrece como de Dios, lo mismo que María, y empeña laboriosamente su vida en bajarlo a la realidad. Los intelectuales, como Edith Stein, deben producir el despojo doloroso de toda pretensión racionalista. Se deben hacer "como niños" para entrar en el Reino de la Verdad plena. Supone la humilde decisión de relativizar sus propias adquisiciones científicas para adquirir la plenitud de la verdad que buscan. La Verdad es el Verbo de Dios con Quien únicamente el amor configura. Toda actividad científica se orienta al Verbo de Dios, si es expresión auténtica del amor. La mera genialidad y el fruto de su trabajo científico se agota como un gemido o un rápido suspiro. Así lo entienden los bien dotados intelectualmente que llegan, si la descubren y adoptan, a la sabiduría de los

[4] Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein)

pobres. ¿Qué ocurre entonces? ¿Cuál es el fenómeno que otorga el conocimiento de la verdad a quienes parecen menos capacitados para obtenerla por la ciencia? No es magia de inmediatos y prodigiosos resultados. Es el encuentro personal con Quien es toda la Verdad. En él se inicia una relación de amor que logra el cambio más hondo y sustancial.

5.- ***José, otro hombre del Adviento***. Hombres como José no llegan a ese sorprendente descubrimiento existencial después de sucesivos desengaños intelectuales. Arrancan de allí, como quienes mueren niños y, por ello, pasan de la niñez temporal a la madurez admirable de la eternidad. José es un artesano, educado en la piedad religiosa de su pueblo y casi espontáneamente predispuesto a identificar, en el Dios revelado, la verdad y el bien que anhela su corazón. Su ambiente familiar, la asombrosa fidelidad que cultiva en el silencio, los acontecimientos que debe protagonizar, configuran su peculiar espiritualidad de hombre santo. El Adviento, que casi concluye, nos obsequia la semblanza ejemplar de otro de sus hombres: San José, el santo esposo de María Virgen.